

tos cuerpos, ha resonado muchas veces el azadón del sepulturero. Aquella campana recalentada por los incesantes golpes del badajo, parece que se agita por la fiebre, y que á cada paso ha de romperse torturada por tanto martilleo.

Tales fueron las impresiones que yo experimenté en día semejante y que me inspiraron las siguientes estrofas:



La campana de la aldea

¡Oh! Cuando toca la campana lentamente,—Esparciendo sobre el valle su voz parecida á un gemido.—Diríase que es la mano de un ángel quien la mueve.—Y que entre la brisa nocturna, derrama sobre la tierra cuanto en él hay de divino.

—Cuando huyen del campanario las negras golondrinas.—Porque el viento hace temblar sus nidos de barro.—Y buscan en los estanques el reposo apetecido.—Cuando la viuda de la aldea se arroja sobre los hilos que se desprenden de su rueca.—Pagando con el rezo su tributo á los muertos.

—Siento en mi pecho un canto sonoro, que no es del goce de la vida.—Ni es producido por los recuerdos de mi infancia.—Ni es de amores la primera alborada de la savia primaveral que rejuvenece el campo.—Cuando allá en la pradera.—Suenan las voces virginales que tornan con sus cántaros llenos de agua.—Yo no sé lo que es, pero lloro.—Mi triste corazón canta al despertar con un melódico mur-

mullo rociado de ambrosia ó yo no sé de qué.— Siento como se lleva el invierno mis días felices.— Mezclados con la hojarasca muerta y con el eco sarcástico y burlón de la fama.— Flores tejidas en noche obscura, que jamás arraigan dentro del corazón, aunque exhalen bellissimo perfume.— Tiernos capullos cuyas corolas se rompen entre los dedos emponzoñados de la envidia.— En este día, cuando la campana lanza sobre el valle su acento plañidero.— Se siente un gemido triste y prolongado que sale del campanario.— Es la voz de lo desconocido que llora al ver pasar dos féretros en dirección al cementerio.— De la noche á la aurora, ¡oh, campana! tú lloras con mis ojos y gimes con mi corazón.— Estos gemidos se repiten en el cielo, en el mar, en los aires.— Como si las estrellas llorasen por sus compañeras y los vientos por sus hijos. Desde aquel día que tus sonos se juntaron con mi duelo.— Creo que un ángel mueve, tu badajo y conmueve al mismo tiempo mi alma.— El eco de tu bronce, antes de herir las fibras de mi corazón, ha estremecido la sepulturas donde descansa lo que fué.— Las piedras del campanario tienen gran parecido á las del sepulcro.

No os cause extrañeza si consagro un recuerdo.— Al misterioso sonido de este bronce.— Yo amo su voz precursora de la muerte.— Canta ¡oh! tú, fiel mensajero de la humana tristeza.— Que tus cantos presten vida á los mármoles, lágrimas á los ojos, oración al descreído y á la muerte poesía.

Cuando yo muera y mis vecinos, después de haber deitado en el campo de la muerte el puñado de polvo que reste de mi cuerpo.— No llores por mí;

lanza á los horizontes tus alegres sonidos de los días de fiesta.— Quisiera que imitara tu voz de bronce el ruido alegre que produce al romperse la cadena del esclavo ó el cerrojo de la cárcel cuando se abre para dar libertad al cautivo.

IX

La época en que el calendario señala el aniversario de los muertos, está en consonancia con el duelo y horror de los sepulcros. La naturaleza gime como los corazones y los elementos al expirar el año parecen retorcerse entre las convulsiones de una agonía triste.

El prolongado equinoccio renovando durante la noche sus furiosos resoplidos parecidos por su regularidad á suspiros de muerte; las furiosas ráfagas de viento chocando contra los muros; los silbadores torbelinos llevándose consigo, ¡Dios sabe dónde! nubes de hojarasca muerta, en medio de las cuales parece que se oyen como gritos de angustia; los graznidos siniestros de los cuervos despertados por el choque de las ramas que van rompiéndose, las brascas sacudidas de la tempestad conmoviéndolo todo: aseméjense, en verdad, á espíritus escapados de sus tumbas empujándose, chocando y gimiendo arremolinados por el viento.

¿Quién no ha creído oír muchas veces entre los bramidos del huracán, voces que nos llaman por nuestros propios nombres? ¿cuántas veces las hemos oído llamar á las vidrieras y á las puertas como para hacerse abrir por la fuerzas, las habitaciones

desiertas en las cuales vivieron sus almas en algún tiempo?

Yo gozo con semejante tumulto recogiéndome en el frío que en mí produce la calentura de la agitación, y medio tendido al calor del fuego del invierno, sobre las mismas al calor del fuego del invierno, sobre las mismas losas brillantadas por las pisadas de aquellos, que están tendidos para siempre no lejos de mí, y abrazándome á propósito, durante esta noche de recuerdos, á cuanto me resta de sus vestigios venerados. Dieciocho pequeños volúmenes encuadernados en cartón de diversos colores están esparcidos junto á mí sobre la alfombra; tan pronto entreatro y leo el uno como el otro, cierro este, abro y leo aquél ó el de más allá, reflexiono sobre las fechas del principio y el fin de cada uno sin cansarme de leer, y releer, llorando ó sonriendo tristemente.

Uno de ellos contiene EL MANUSCRITO DE MI MADRE.

«Mi madre, según tengo dichoso en mis *Confidencias*, no escribía por escribir solamente, menos aún para ser admirada; escribía, digámoslo así, para ella sola y con el objeto de encontrar en un registro, los acontecimientos domésticos de su vida, un espejo moral de sí misma, donde pudiese verse y compararse frecuentemente con lo que ella misma había sido en otras épocas ó era á la sazón, y mejorarse de continuo. Semejante costumbre observada por mi madre hasta su muerte, dió por resultado la existencia de quince ó veinte pequeños volúmenes de confidencias íntimas entre ella y Dios, que he tenido la dicha de examinar; en ellos he vuelto

á ver, y veo continuamente á mi madre viva cuando siento de nuevo la necesidad de refugiarme en su seno.

»No escribió mi madre con esa energía de conceptos y brillantez de imágenes que caracterizan el don de expresar. Hablaba y escribía, con la sobria y clara sencillez de quien no se rebusca jamás dentro de sí propio, ni pide á las frases otra cosa si no que le den á conocer tal como él es, como no pidió jamás á sus vestidos sino que la vistiesen, sin fijarse en que pudieran servirle de adorno. La superioridad no se observan en su estilo, permanecía en su alma y ésta residía en el corazón principalmente, lugar en donde la Naturaleza ha colocado el genio de la mujer puesto que las obras de la mujer son todas hijas del amor. De suerte que, únicamente por la simpatía, se siente el hombre unido á ellas. Esta superioridad casi incomprensible é inofensiva, nos subyuga dulcemente.

X

Dueño de estos recuerdos íntimos, he pensado muchas veces en si debía esconderlo en el cajón más profundo de mi secreter ó entresacar de él un pequeño extracto acompañado de algunas observaciones para la familia, al objeto de que los restos del alma de semejante madre, no se evaporen por completo sin saber sido, cuando menos, de sus nietezuelos.

Este pensamiento ha renacido en mí con mayor fuerza, al sentir las vibraciones clamorosas de la campana que llora sobre su tumba, y que parece

hacerme cargos por mi silencio, cuando él mismo bronce llora para recordámelo.

Acumúlanse los años, la tarde de la vida se acerca, el polvo del tiempo comienza á empañar las hojas con el tinte pálido del otoño. Me hallo en uno de estos momentos de recogimiento crepuscular en los que el pensamiento se detiene ante las inquietudes de la vida activa remontándose á su origen, como agua estancada sin viento que la agite á la cual le es imposible encontrar la corriente; es el momento en fin, de cumplir con mi piadoso deseo, examinando esta reliquia venerada.

Solamente la luz del hogar mismo de mi madre alumbrará estas páginas; y sólo quien haya llorado su muerte, encontrará este libro interesante. A pesar de los variados espectáculos que presentan á la mirada del hombre sensible y reflexivo la historia y la naturaleza, no existe en su fondo un solo punto más interesante de que haya concurrido en una sola alma, dadas las circunstancias, tal conjunto de alegrías, penas y vicisitudes de la vida, habiendo pertenecido esta alma á una mujer ignorada entre la obscura y tranquila vida doméstica.

Este drama no pertenece á la escena, se encierra dentro del corazón; pero una lágrima, ya sea producida por la caída de un imperio ó por el hundimiento de una cabaña, contiene siempre la misma cantidad de agua y de amargura...

XI

Cuando oímos hablar del alma de una persona, nos gusta conocer exteriormente la envoltura que

la encierra. He aquí el retrato de mi madre, tal como está trazado en las primeras páginas de las notas confidenciales de su vida.

«Alicia de Roys, tal fué el nombre de mi madre, hija de M. Roys, director general de la hacienda del señor duque de Orleáns. Mme. de Roys, su esposa, segunda aya de los hijos del duque, fué favorita de de aquella bellísima y virtuosa duquesa de Orleáns que la revolución respetó á pesar de haber destruído su palacio y de haber mandado sus hijos al destierro y su marido al patíbulo.

»M. y Mme. de Roys habitaban en el palacio Real durante el invierno, y en el de Saint-Cloud los veranos.

«En este palacio nació y creció mi madre pasando su infancia en compañía del rey Luis Felipe, niño también. Ambos pasaron la niñez en medio de la familiaridad respetuosa que se establece generalmente entre los niños de una misma edad aproximadamente, que reciben iguales lecciones y participan de las mismas inocentes distracciones.

«¡Cuántas veces nuestra madre nos hablaba de la educación de este príncipe que una revolución había desterrado de su patria, y que otra revolución debía levantar sobre su trono! No existe una fuente, una arboleda, ni un cuadro solamente en los jardines de Saint Cloud, que no conociéramos antes de haberlos visto. ¡Cuántas veces los nombraba al recordar su infancia! Saint Cloud había sido para ella su *Milly*, su cuna, el lugar en el cual todos sus primeros pensamientos é impresiones habían germinado, florecido, crecido y vegetado con las exuberantes plantaciones del magnífico parque.

» Los personajes que tuvieron más resonancia durante el siglo XVIII, quedaron en su memoria profundamente grabados.

» Mme. de Roys, su madre, fué mujer de gran mérito. Sus funciones en el palacio del primer príncipe de la sangre, atraían á su alrededor muchos personajes célebres de la época. El mismo Voltaire, durante su triunfal y último viaje á Paris, hizo una visita de atención á los jóvenes príncipes.

» Mi madre, que no contaba á la sazón más que siete ú ocho años, asistió á la visita, y aunque muy niña, comprendió por las impresiones que se manifestaban en torno suyo, que estaba viendo un personaje superior á un emperador.

» Aquella actitud soberana de Voltaire, sus vestidos, su porte en fin y sus palabras, quedaron impresas en su memoria de niña, como quedan los seres antediluvianos sobre las piedras que forman las montañas.

» Dalember, Laclos, Mme. de Genlis, Buffon, Florián, el historiador inglés Gibbon, Grimm, Morellet, M. Necker. Los ombres de Estado, los literatos, y los filósofos de su tiempo vivían en la sociedad de Madame de Roys, distinguiéndose entre todos ellos al más inmortal, á Juan Jacobo Ruosseau.

» Aunque mi madre era muy religiosa, conservaba cierta tiernísima veneración por este grande hombre; sin duda porque veía que á más de su gran genio atesoraba un generoso corazón. Y si ella no participaba de las ideas religiosas del gran genio, sentía las bellezas de su alma.

XII

» Unía el duque de Orleáns á este título el de conde de Beaujolais, y por esta causa tenía el derecho de nombrar cierto número de damas para el cabildo de Salles. Mi madre fué nombrada á los quince ó dieciséis años. Conservaba todavía un retrato suyo de aquella época, además del que todas sus hermanas y mi padre mismo, me han hecho infinidad de veces al relatarme su vida.

» Está representada con el mismo uniforme del colegio. Vése en él á una joven alta y delgada, de talle flexible, de blanquísimos brazos cubiertos hasta el codo por mangas ajustadas de un tejido negro. Sobre su pecho ostenta la crucecita de oro del capítulo. Caen por ambos lados de su gallarda cabeza, sus flotantes cabellos negros, y sobre éstos, un velo de encaje menos negro aún que los rizos que cubren su cara, de un blanco mate pálido que resplandece mejor entre aquella obscuridad de colores.

» A causa del tiempo, han desaparecido un tanto los colores y frescura de los dieciséis años, pero los rasgos son aún tan puros y recientes que los colores no se han secado todavía en la paleta. Se encuentra á primera vista en su fisonomía, aquella sonrisa interior de la vida, aquella ternura inagotable en la mirada que revela en todo su sér una extraordinaria bondad: rayos de luz de una razón serena empapada en sensibilidad, flotando como una caricia eterna en su mirada un tanto profunda y otro tanto velada por los párpados, como si quisiera evitar que se escapase todo el fuego y todo el amor

que se encerraba en sus hermosos ojos. Al ver este retrato se comprende muy bien toda la pasión que semejante mujer debió inspirar á mi padre, y todo el respeto y veneración que debía inspirar después á sus hijos.

» A pesar de esto, tampoco mi padre era indigno por ningún concepto de atraerse las simpatías de una mujer amorosa y sensible. No era demasiado joven: contaba treinta y ocho años. Pero para un hombre como él, que debía morir joven todavía de cuerpo y espíritu á los noventa años, con todos sus dientes, todos sus cabellos y en toda la varonil belleza de una vejez fuerte, treinta y ocho años representaban la flor de la existencia.

» Era de elevada estatura, porte militar, líneas varoniles y carácter severo. La altivez y la franqueza leíanse en su fisonomía á primera vista. No afectaba ingenuidad ni gracia, y eso que poseía en su interior y en el alto grado ambas cualidades. A pesar de su temperamento fogoso, parecía indiferente y frío en el exterior, creyendo sin duda que un hombre como él debía avergonzarse de manifestar demasiada sensibilidad. Dudo que hubiera otro hombre en el mundo que dudase más de sus virtudes y que envolviese con todo el pudor de una mujer las severas perfecciones de un héroe. Yo mismo tardé en conocerle muchos años.

» Le creía duro y áspero, cuando no era más que justo y rígido.

» Eran sus gustos sencillos é inocentes como su alma.

» Patriarca y militar: hé aquí el hombre.

» La caza y el bosque, mientras permanecía en el campo; el resto del año, su regimiento, su caballo, sus armas, la ordenanza escrupulosamente observada y ennoblecida por el entusiasmo del soldado: estas eran todas sus ocupaciones. Nada ambicionaba, y mostrábase cumplidamente satisfecho con su grado de capitán de caballería. La estimación de sus camaradas era lo único que, procurando conservarlo con delicadeza suma, encontraba digno de envidia, y su única ambición.

» Consideraba el honor de su regimiento, como el suyo propio; y sabía de memoria los nombres de los oficiales y soldados de todos los escuadrones. Sin la menor ambición de fortuna ni de grados, cifraba todo su ideal en ser lo que era: un buen militar, teniendo el honor por alma y el servicio del rey por religión. Pasábase los seis meses del año de guarnición en una ciudad y los otros seis en su pequeña casa de campo, con su esposa y sus hijos. En una palabra, el hombre primitivo un tanto modificado por el militar; he aquí mi padre.

» La revolución, las desgracias, los años y las ideas fueron modificando su manera de ser y se completaron en su vejez. Yo mismo puedo asegurar por mi parte haber visto como su espléndida y fácil naturaleza se desenvolvía después de los sesenta años de existencia. Parecía á las encinas que vegetan y se rejuvenecen de continuo hasta el día en que el hacha del leñador rompe su tronco. A los ochenta años continuaba modificando sus ideas y buscando la perfección de ellas.

XIII

› Y constante como era, logró vencer, en unión de mi madre (no sin tener que superar grandes obstáculos), todas las dificultades que la fortuna y las preocupaciones de familia interpusieron entre ambos. Casáronse en el tiempo en que la Revolución removió todas las edificaciones humanas y hasta la tierra en que se asentaban.

› La Asamblea constituyente había realizado su obra. Sabía por la fuerza de una razón sobrehumana, por decirlo así, los privilegios y preocupaciones sobre los cuales descansa el antiguo orden social de Francia.

› Habían los tumultos populares removido ya, como remueven las olas los vientos precursores de los temporales, el palacio de Versalles, el fuerte de la Bastilla y el Municipio de París.

› Los primeros temblores que removieron los cimientos creíase que serían una ligera tempestad sin consecuencias.

› No existía escala para medir la altura á que debía alcanzar el desbordamiento de las nuevas ideas.

› Mi padre no había abandonado el servicio á pesar de su casamiento: él no veía en todo aquello más que la bandera que debía seguir, el rey á quien defender, algunos meses de lucha contra el desorden y algunas gotas de sangre que derramar en el cumplimiento de su deber.

› Los primeros relámpagos de una tempestad que debía sumergir un trono secular y conmovér á Eu-

ropa durante medio siglo á lo menos, se perdieron para mi madre y para él, entre las primeras alegrías de su amor y las perspectivas primeras de su felicidad.

› Yo recuerdo haber visto cierto día una rama de sauce desgajada del tronco por la tempestad de la noche, flotando la mañana sobre las aguas desbordadas del Saone. Un ruiseñor hembra empollaba todavía en su nido flotante, mientras el macho revoloteaba sobre las aguas espumosas que pretendían tragarse aquella dulce mansión de amor.

XIV

› Apenas hubieron probado el deseado bienestar cuando les fué preciso interrumpirlo, separándose, ¡quién sabe si para no volverse á ver! Llegó el momento de la emigración. En esta primera época, no fué la emigración lo que debía ser más tarde; un refugio contra las persecuciones ó contra la muerte. Fué una especie de contagio que existía entre la nobleza francesa. El ejemplo dado por los nobles cundió, y casi todos los regimientos perdieron sus oficiales. Necesitaban grande firmeza de carácter para resistir aquella epidemia que tomó el nombre de honor.

› Mi padre tuvo esta firmeza y no emigró.

› Solamente cuando se exigió á los oficiales del ejército un juramento que rechazaba su conciencia de servidores del rey presentó su dimisión. Pero el 10 de Agosto se aproximaba, se le sentía venir.

› Sabíase de antemano que el fuerte de las Tullerías sería atacado, que los días del rey correrían pe-

ligro; que la Constitución de 1791, pacto provisional de conciliación entre la realeza y el pueblo soberano, había de ser derribado ó elevarse trinfante entre ríos de sangre. Los amigos que aun quedaban á la monarquía y los hombres personalmente unidos al rey, se contaron y unieron para ir á reformar la guardia constitucional de Luis XVI.

> Mi padre fué uno de estos hombres de corazón.

> Mi madre, que á la sazón me llevaba en su seno, no hizo el menor esfuerzo para detenerle. Aun en medio de sus lágrimas, no comprendió ella nunca la vida sin honor, ni vaciló un minuto entre el dolor y el deber.

> Mi padre partió sin esperanza, pero sin vacilar un momento. Combatió con la guardia constitucional y con los suizos para defender el castillo. Cuando Luis XVI abandonó el palacio, la lucha se convirtió en matanza. Mi padre fué herido de un tiro de fusil. Cuando á pesar de ello procuraba escaparse, fué detenido frente á los Inválidos al intentar atravesar el río. Conducido á Vaugirard, se le encerró en una cueba por algunas horas. Después fué reclamado y salvado por el jardinero de un pariente suyo quien, estando de oficial municipal de la Commune, le reconoció casualmente.

> Al escapar así de la muerte, volvió al lado de mi madre, encerrándose en la más profunda obscuridad del campo hasta el día que las persecuciones revolucionarias no permitieron á los partidarios del antiguo régimen otro asilo que la prisión ó el patíbulo.

XV

El pueblo fué una noche á arrancar de su hogar

á mi abuelo á pesar de sus ochenta y cuatro años, á mi abuela casi tan anciana como él y enfermiza, á mis dos tíos y tres tías, religiosas que habían sido arrojadas ya de sus respectivos conventos.

Colocaron á esta respetable familia dentro de un carro escoltado por gendarmes, y la condujeron, en medio de un espantoso alboroto y de gritos de muerte, hasta Autún. Había en este pueblo una inmensa cárcel destinada á encerrar todos los sospechosos de la provincia.

> Mi padre, por uua excepción de la cual ignoro la causa, fué separado del resto de la familia y encerrado en la cárcel de Macón. Mi madre, que me amamantaba á la sazón, fué depositada sola en la casa de mi abuelo, bajo la salvaguardia de algunos soldados del ejército revolucionario. ¡Y aún causará asombro el que aquellos en quienes data la vida de estos siniestros días, hayan aportado con su conocimiento cierto sabor de tristeza y cierta impresión melancólica al genio francés! Virgilio, Cicerón, Tibulo, y el mismo Horacio, que imprimieron semejante carácter al genio romano ¿no habían nacido por cierto, como nosotros, durante las espantosas luchas civiles de Roma, entre el barullo de las proscripciones de Marius, de Syla ó de César?

«¡Es preciso no olvidar las impresiones de terror ó de piedad que agitaron las entrañas de las mujeres romanas, durante el tiempo que llevaron en ellas á aquellos hombres! Es preciso calcular cuán amargada sería por lágrimas la leche de que mi madre misma me nutria, mientras la familia sufría un prolongado cautiverio del que sólo la muerte debía

librarla! mientras el esposo adorado estaba sobre las gradas del cadalso y ella permanecía encerrada en su desierta casa, guardada por los feroces soldados que espiaban sus lágrimas considerado su cariño como un crimen é insultando su dolor.

XVI

Detrás de la casa de mi abuelo, que se extiende entre dos calles, existía una casita baja y sombría que comunicaba con la grande por medio de un corredor oscuro y unos pequeños y reducidos patios húmedos como pozos.

«Esta casa servía de alojamiento á los antiguos criados de mi abuelo, retirados del servicio, y á quien sostenía la familia con pequeños pensiones que continuaban percibiendo por algunos servicios que prestaban de cuando en cuando á sus viejos señores; especie de libertos romanos, que muchas familias tenían empeño en conservar.

Cuando la casa solariega fué secuestrada, mi madre se retiró á la pequeña en compañía de una ó dos mujeres. Otro poderoso atractivo la seducía.

Precisamente frente las ventanas de la otra parte de la obscura callejuela estrecha y silenciosa, se alzaban y alzan todavía, los elevados y sombríos muros aspilleros por algunas ventanas de un convento de monjas Ursulinas. Edificio austero de aspecto y recogido como propio del objeto á que se destinaba, como la bella fachada de la iglesia adjunta á uno de sus lados y en su trasera unos patios profundos y un jardín, cercados por negros y espesos muros cuya altura es infranqueable.

El tribunal revolucionario de Mácón hizo servir este convento de cárcel provisional, cuando las cárceles de la ciudad estaban llenas de presos. Dió la casualidad de que mi padre fuera encerrado en esta cárcel convento, cuyo edificio conocía perfectamente en todos sus detalles.

Mme. Lucy, hermana de mi abuelo, había sido abadesa de las Ursulinas de Mácón, y en aquel tiempo iban á visitarla y á jugar en el convento los hijos pequeños de su hermano.

No había pasadizo, jardín, celía ni escalera secreta que fuese desconocido por ellos. Mi padre, por lo tanto, retenía en su memoria los más insignificantes detalles de aquel edificio que cuando niño le había servido de casa de recreo y ahora de prisión.

Cuando mi padre entró en semejante prisión, se figuró estar en su propia casa. Por fortuna, también, el carcelero había servido en su mismo escuadrón, y acostumbrado á respetar á su capitán, enternecióse al verle de nuevo. Aquel republicano lloró cuando las puertas de las Ursulinas se cerraron para retener al prisionero.

Econtróse mi padre allí con buena y numerosa compañía puesto que había en aquella cárcel más de doscientos sospechosos de la provincia, amontonados en las habitaciones y los corredores del antiguo convento.

Mi padre pidió por todo favor le concedieran para él solo un rincón en el granero. Un tragalzu abierto en lo alto y que daba á la calle, le proporcionó cuando menos la satisfacción de ver á través de las rejas de hierro, el tejado de su casa. Fácilmente le fué concedido este favor, y quedó instalado definiti-

vamente bajo las negras tejas del edificio, teniendo por cama dos tablas de madera únicamente.

Durante el día bajaba con sus compañeros de prisión á pasar el tiempo jugando, ú nica cosa que les era permitido. Ni aun se les permitía escribir á sus familias. Este aislamiento no fué para mi padre de larga duración.

La misma idea que había tenido de pedir al carcelero una habitación en lo alto de la casa, para poder desde allí ver el tejado de la suya, la había tenido mi madre de subir con frecuencia al desván de su casita y de sentarse allí á contemplar, á través de su dolor y con los ojos humedcidos por el llanto los muros de la prisión que retenía aquello que tanto amaba en el mundo.

Si las miradas se buscan, acaban por encontrarse á través del universo: fácilmente podían los ojos de mis padres encontrarse, no mediando entre unos y otros más que dos paredes y un callejón estrecho.

Amábanse sus almas, compenetrábanse sus pensamientos y pronto los signos suplieron á las palabras que jamas salieron de sus labios por temor á revelar á los centinelas su sistema de comunicarse. La mayor parte de las horas del día, pasábanlas sentados uno enfrente del otro. Concentrábanse sus almas en las pupilas de sus ojos.

Un día se le ocurrió á mi madre escribir algunas líneas de letras muy grandes, diciendo en pocas palabras lo que necesitaba que el preso supiese. Mi padre le contestó por medio de una seña, y desde aquel día quedaron sus relaciones establecidas: después, fueron éstas ensanchándose más cada día.

Como quiera que mi padre había sido arcabucero

de caballería, guardaba en casa un arco con sus flechas correspondientes: recuerdo que en mi infancia jugué muchas veces con ellas.

Tuvo la idea mi madre de servirse de aquel medio para comunicarse con el prisionero. Algunos días se estuvo ejercitando en su habitación tirando el arco, y cuando ya estuvo bien diestra, ató á la flecha un hilo, disparó hacia el tragaluz del convento, y mi padre, al ver la flecha y el hilo, tiró de éste, y llegó una carta á sus manos. Si por semejante medio el hilo había llegado, no sería difícil pasar durante la noche, tinta, papel y plumas: así se hizo, y todos los días al amanecer mi pobre madre recogía las cartas, en las cuales los cautivos expresaban sus dolores y sus ternezas, preguntaba, aconsejaba, consolaba en fin á su esposa, hablándole de [su hijo, de los asuntos de la casa y de sus sufrimientos.

Al medio día, mi madre me hacía subir al desván y me alzaba en sus brazos para que mi desgraciado padre pudiera verme, haciéndome extender mis manecitas hacia las rejas de la prisión, y devorándome después á besos.

XVII

En aquel tiempo, después de haber los hombres de la Convención repartido á su capricho las provincias de Francia, ejercían sobre ellas un poder sanguinario y absoluto, en nombre de salud pública.

La vida de las familias, dependía casi siempre de una palabra ó de una firma de los representantes del pueblo. En tal estado las cosas, no era de extrañar que mi madre creyera suspendida sobre la ca-